

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

Solemnidad. Santísima Trinidad

Hermanos este domingo es la solemnidad de la Santísima Trinidad, donde los cristianos reflexionamos sobre la naturaleza de nuestro Dios que es uno en esencia y una trinidad de personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En esta solemnidad la Iglesia nos propone reflexionar con el capítulo 8 del Libro de los Proverbios, la Carta a los Romanos en su capítulo 5, y el evangelio se toma de San Juan, capítulo 16. Respondemos al salmo con la antífona "Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!".

El ser humano desde que tiene conciencia de lo que es, siempre ha tenido una tendencia a la trascendencia, a la búsqueda del ser superior, le ser supremo, dios como se le ha llamado. Alguien que tiene que ser el principio de todo, el originador de todo el sistema de cosas en el que existimos y nos movemos, el creador. El ser humano intuía su grandeza, y por mucho tiempo lo adoró en la naturaleza y en las fuerzas que se desatan en ella, en lo inexplicable. Pero el Dios en quien creemos decidió revelarse, quitar el velo que lo escondía al entendimiento humano, y escogió un pueblo que fuera el depositario de esa revelación y mostrara al mundo la bondad del creador. Un Dios llamado "Yo soy", que le dice a Moisés que guíe al pueblo a la tierra prometida, que por dirige ese pueblo por medio de los reyes, que le envía jueces para que implanten su ley, que envía profetas para que ayuden al pueblo a caminar por el sendero que ha trazado el Señor. Y la revelación se hizo total con la encarnación del Mesías, que no fue alguien escogido para redimir al pueblo, sino que es la presencia del mismo Dios, en su segunda persona que acompaña al pueblo, y se sacrifica para concretizar la promesa salvífica. Ese Mesías, se presentó como el Hijo, de la misma naturaleza que el Padre, y nos habló y presentó a la otra persona de esa familia divina, el Espíritu Santo, que fue enviado para dar aliento a la Iglesia de todos los siglos. Jesús, nos presentó a Dios tal como es, de modo que ya no es necesario especular, pensar, suponer cómo es Dios. Dios es una familia que nos ha creado a nosotros a su imagen, somos la familia humana.

Una de las formas como Dios se presentó en la antigüedad fue como sabiduría, como el que establece desde los orígenes las leyes que rigen el universo. Y esta idea está recogida en el trozo del capítulo 8 del Libro de los Proverbios que es la primera lectura de esta solemnidad. Una sabiduría que es la que crea y da orden a lo creado, que supera todos los límites porque es más grande que toda la creación. Es la sabiduría que acompaña las palabras cuando Dios dice que va a hacer las cosas, y paso a paso va llenado el universo, la tierra, y las cosas y seres que contiene, siendo el cúlmén de esa creación el ser humano. Un ser que, como dice san Pablo en su carta a los Romanos, segunda lectura de hoy, ha recibido la justificación por la fe, que está en paz con Dios, por la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en quien nos gloriamos, quien nos ha traído la gracia. De modo que aunque pasemos tribulaciones, esa experiencia da al creyente la constancia, que a su vez se transforma en virtud y al final da la esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu

Santo que se nos ha dado. Como vemos, este fragmento de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos confirma la naturaleza trinitaria del Dios que nos ha creado y en quien creemos.

En el evangelio de hoy, que recuerdo está tomado del capítulo 16 de san Juan, se presenta a Jesús anunciando que será el Espíritu Santo el que nos acompañará y nos guiará a la verdad plena, pues lo que hable no será sólo suyo, sino que hablará de lo que oye a los otros dos componentes de la Trinidad, y será quien, a lo largo de los tiempos, inspirará a la Iglesia, nos inspira a nosotros, a glorificar a Dios en su totalidad, en su Trinidad inconmensurable. Podemos decir que somos privilegiados porque con los sacramentos que dejó Jesús, la presencia de él en la Eucaristía, y la presencia del Espíritu Santo en el bautismo y la confirmación, y su presencia permanente como aliento de los fieles, hacen que el Dios en quien creemos no sea un Dios lejano sino un Dios que está con nosotros, que habita en nosotros.

Que esta solemnidad te ayude a renovar tu fe en Dios, uno y trino, y permita fortalecer tu testimonio como creyente en la sociedad de hoy.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)